



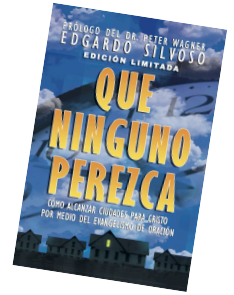
EVANGELISMO DE COSECHA presenta
La Escuela de Transformación
con Edgardo Silvoso

LECTURA para Semana 3:

FORTALEZAS ESPIRITUALES: CÓMO RECONOCERLAS Y CÓMO DESTRUIRLAS

Capítulo 4 del libro **QUE NINGUNO PEREZCA** por Edgardo Silvoso

Usado con permiso del autor



PRINCIPIO: *Las fortalezas espirituales constituyen el arma secreta de Satanás. Es a través de su uso subrepticio que Satanás logra controlar a la Iglesia. Por eso deben ser identificadas y destruidas para mantener el control en las regiones celestes.*

El banco de los testigos es un elemento muy importante en el proceso judicial, ya que allí es donde se da testimonio, el que, generalmente, decide la suerte de los casos bajo consideración. Cuando se llama a alguien a testificar en la corte, el alguacil le toma juramento. El testigo debe poner una mano sobre la Biblia y prometer que va a decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. Acto seguido el abogado de la parte que lo llamó a testificar lo guía en su presentación. Esa es la etapa fácil. La difícil viene cuando el abogado de la otra parte lo reexamina. Y la razón por la que resulta difícil es porque el objetivo de ese nuevo examen es doble: primero, encontrar contradicciones en el testimonio dado; segundo, destruir la credibilidad del testigo. Esto último generalmente se logra atacando la integridad de su carácter. Si cualquiera de estos dos objetivos se alcanza, el testimonio pierde su eficacia.

Imagínate por un momento a una persona que es el testigo clave en un caso penal que puede resultar en la pena capital si se encuentra al acusado culpable del delito imputado. La defensa llamó al testigo en cuestión y su testimonio constituye la pieza clave de su estrategia legal. En el momento en que el testigo se acerca al banquillo desde el que contestará las preguntas, la atmósfera en el tribunal se vuelve electrizante. Los ojos de toda la concurrencia están sobre el testigo. La resolución del caso depende de lo que él diga y con él la defensa se juega su última carta.

El testigo testifica en forma brillante. Se expresa con elocuencia y sin dejar lugar a dudas, destacando los hechos que absuelven al acusado, todo bajo el tutelaje hábil del abogado defensor. Ahora le toca al fiscal acusador hacer el nuevo examen. Se pone lentamente de pie y con movimientos calculados se aproxima al banquillo; con voz

resonante declara: «Señor Fulano de Tal, yo no voy a cuestionar los componentes de su testimonio, pero creo que usted es un mentiroso y voy a probarlo delante de este tribunal». Acto seguido, el fiscal le hace tres preguntas: «¿Es usted rico?, ¿Está usted vestido? y ¿Tiene usted buena vista?» El testigo responde afirmativamente a las tres preguntas. Eso hace que el fiscal se sonría sugestivamente, y que se apoye en la baranda como un cazador a punto de descargar el golpe mortal. Acto seguido, le pregunta al testigo el color de la corbata que lleva el acusado, que está sentado a unos diez metros. El testigo enmudece. Ni una palabra sale de su boca. Y esto se debe a que el testigo es ciego, ¡totalmente ciego!

En segundo lugar, el fiscal le presenta al tribunal, como elemento de prueba, una serie de fotografías del testigo en las que se lo ve vestido con harapos y pidiendo limosna a la salida de un teatro. Las fotos van acompañadas por una declaración jurada, firmada por el director del Ejército de Salvación, que dice que el testigo vive en el albergue de su organización debido a que es totalmente indigente. Y por último, el fiscal le pide al testigo que se ponga de pie, y para sorpresa de todos, el testigo está desnudo. ¡No tiene ropas! En ese mismo momento, se echó en tierra la credibilidad de aquel testigo porque queda probado que la respuesta que dio a las tres preguntas del fiscal fueron falsas. Ya no importa lo veraz que pueda haber sido su primer testimonio. Nadie le creerá, no porque el testimonio probara ser incorrecto, sino porque el testigo ha demostrado no tener integridad.

¿Es posible que una persona sea ciega y no lo sepa? ¿Que sea miserablemente pobre y crea ser rica? ¿O que crea estar vestida cuando en realidad anda por todos lados desnuda? Claro que sí, es algo que pasa todos los días. ¿Dónde? ¡En nuestras iglesias! El problema es tan común y tan serio que una de las siete cartas que el Señor Jesús escribió a un número similar de iglesias, está dedicada a describir y tratar este problema. Lo encontramos en Apocalipsis 3:14-22.

«Y escribe el ángel de la iglesia en Laodicea: He aquí el Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios, dice esto: Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente! Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca. Porque tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo. Por tanto, yo te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico, y vestiduras blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas. Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues celoso, y arrepiéntete. He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo. Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias».

Este pasaje no habla en forma figurada sino que describe una situación real, espiritual pero real. La cosa es tan seria que el Señor Jesús dice: «Ustedes creen que se han reunido en mi nombre, pero yo no estoy en medio de ustedes sino que estoy del lado de afuera de la puerta!» (Ap. 3:20) ¿Te puedes imaginar a Jesús parado afuera de su Iglesia? En Apocalipsis 12:11 se nos dice que nuestra victoria sobre Satanás tiene tres componentes: la sangre de Cristo; la palabra de nuestro testimonio y nuestra disposición a perder la vida, si fuere necesario. De los tres componentes, la sangre de Cristo constituye un elemento perfecto, ya que fue derramada una vez y para siempre. Por lo tanto el diablo no va a lanzar su ataque en ese nivel. En cambio los otros dos elementos dependen de nosotros (la palabra del testimonio y el estar dispuestos a morir) y, por lo tanto, él va a concentrar su artillería en esos dos niveles.

EL ARSENAL DE SATANÁS

Para llegar a entender cabalmente cómo puede una persona, o alguna iglesia, como las descritas más arriba, comportarse de manera tan irracional es necesario hacer un inventario de las armas que el diablo cuenta en su arsenal y estudiar cómo las usa.

El diablo tiene tres armas. La primera de ellas es el pecado. Satanás es conocido como el tentador (Mt. 4:3) y ese nombre se debe a la fama que ha acumulado con el uso de esta arma. El pecado es un arma activa. Es como una bala, o proyectil, que una vez disparado busca destruirnos y cuando nos golpea sabemos que hemos sido heridos porque de inmediato empezamos a morir espiritualmente. Eso se debe a que la paga del pecado es muerte (Ro. 3:23).

La segunda arma son las acusaciones. Esta arma es de tipo pasivo, como una trampa que él construye para que caigamos en ella en el momento menos esperado. Por eso al diablo se lo conoce como «*el acusador de los hermanos*» (Job 1:6-12; Zac. 3:1 y Ap. 12:10). Es lo que él hace, de día y de noche, delante del trono de Dios. Si el diablo tiene el coraje de hacer eso delante de Dios que conoce todas las cosas, ¡imagínate lo que estará dispuesto a hacernos a ti y a mí! Y aunque hemos sido perdonados una vez y para siempre, el diablo constantemente nos recuerda cada pecado que hemos cometido. Y además de eso, agrega todo otro pecado que podríamos haber cometido. Es un mentiroso y usa mentiras para acusarnos. La Biblia dice que Dios nos ama con amor eterno y que nos llama por nuestro nombre propio, pero el diablo nos dice que Dios nos ha abandonado. Si bien es cierto que estamos constantemente protegidos por Aquél que dijo: «*No te desampararé, ni te dejaré*» (He. 13:5), el diablo usa los problemas y dificultades que nos acosan a diario para crear dudas sobre esa promesa. El diablo nos grita: «Dios te ha abandonado. Eres muy malo».

El propósito de sus acusaciones es generar la suficiente ansiedad como para que nos confundamos y salgamos de debajo de la poderosa

mano de Dios (1 P. 5:6) para que, al hacerlo, él pueda devorarnos. Por eso Pedro nos exhorta a «*echar toda nuestra ansiedad sobre él, porque él cuida de nosotros*», ya que el objetivo de Satanás es paralizarnos por medio del terror, como un animal que ha caído en una trampa (véanse 2 Ti. 2:26; 1 P. 5:8-9). Sabemos de inmediato cuando esa arma ha sido usada en contra de nosotros porque automáticamente perdemos la libertad de movimiento en Cristo. Una ansiedad galopante nos asalta. El temor reemplaza a la fe y la desesperación echa fuera a la esperanza (véase 2 Ti. 1:7).

En general, la Iglesia conoce muy bien estas dos armas y cuenta con adecuada enseñanza bíblica como para defenderse cuando el diablo las usa. El hecho de que las consecuencias de su uso contra la Iglesia sean harto visibles (muerte y parálisis espiritual), ha actuado como un poderoso incentivo para que las víctimas busquen ayuda. Por eso, y por mucho más, se puede decir que estas dos armas no son desconocidas y que a lo largo de los años la Iglesia ha desarrollado formas de neutralizarlas.

Sin embargo, la tercer arma del diablo es la más dañina de todas ya que le resulta prácticamente desconocida al creyente promedio. Esta arma no es activa, como el pecado, ni pasiva, como las acusaciones, sino latente. Es decir, que se parece a una mina submarina colocada a la entrada de un puerto a la espera de ser activada en el momento en que pueda causar el mayor daño posible. Porque es un arma latente, a la espera de ser activada, resulta difícil para nosotros detectarla y es muy fácil para el diablo esconderla. Generalmente descubrimos su existencia después que ha explotado, mientras nos arrastramos por el desastre que ella ha causado a nuestro alrededor.

Esta tercer arma, tan devastadora, es lo que la Biblia denomina «*fortalezas espirituales*» (2 Co. 10:3-5). Ella le permite al diablo controlar el comportamiento de los cristianos haciéndoles hacer cosas que causan gran daño, tanto para ellos mismos como para otros. El diablo también usa esta arma para desacreditar nuestro testimonio, tal como lo hizo el fiscal acusador en el ejemplo recién mencionado, al hacer públicas serias inconsistencias entre lo que somos (conducta) y lo que creemos y proclamamos (predicación). Esta arma representa la máxima expresión de engaño de parte de Satanás y, como tal, es su diploma de honor en cuanto al título que ha adquirido como engañador (Jn. 8:44; Ap. 12:9).

LAS FORTALEZAS ESPIRITUALES: EL COMPARTIMENTO SECRETO

El pasaje que trata este tema en la Biblia es 2 Corintios 10:3-5.

«Pues aunque andamos en la carne, no militamos según la carne; porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas, derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo».

Al igual que el cristiano promedio de hoy en día, yo no tenía ni la más mínima idea de lo que era una fortaleza espiritual. Ninguno de los maestros de mi iglesia local ni ninguno de mis profesores en la escuela bíblica o en el seminario, me hablaron jamás del tema. Sin embargo, cuando finalmente pude identificar algunas fortalezas y observar el tremendo daño que estas habían causado a la Iglesia, me di cuenta del por qué de esa falta de enseñanza. La eficacia de las fortalezas espirituales depende enteramente de su encubrimiento, ya que, como una mina submarina, una vez que se la descubre pierde su eficacia.

Si tú y yo fuésemos espías enviados a un país enemigo a descubrir un arma secreta acerca de la que no tenemos la menor idea, no sabemos cuál es, de qué esta hecha, qué forma tiene y cuáles son sus dimensiones, sin duda que estaríamos en gran desventaja. ¿Por qué? Porque andaríamos procurando encontrar algo de lo cual no tenemos la más mínima idea. Sería como el cuento de aquel que iba de aquí para allá abriendo y cerrando frenéticamente sus manos en un intento inútil de atrapar «algo». Cuando alguien le preguntó qué estaba haciendo, respondió: «Estoy tratando de atrapar un “chipiritifláutico”». Cuando su interlocutor le preguntó: «¿Qué es eso?», el cazador frustrado respondió: «No sé, ¡porque todavía no he atrapado ninguno!»

Antes que nada debemos determinar dónde están esas fortalezas espirituales. Si logramos averiguarlo, entonces será más fácil encontrarlas. Yo sé que este enfoque da resultados porque me vi obligado a usarlo cuando «perdí» un automóvil que me habían prestado. Ruth y yo habíamos volado a la ciudad de Los Angeles para visitar a nuestros amigos Peter y Doris Wagner que viven en Pasadena, a unos cuarenta minutos del aeropuerto. Nuestros amigos David y Kristen Wendorff nos esperaban en el aeropuerto para prestarnos uno de sus automóviles para el viaje a Pasadena. Después de eso, los Wendorff se fueron de viaje.

No le presté mucha atención al auto prestado, simplemente lo conduje hasta Pasadena y, al llegar al Seminario Fuller, donde se encontraban ubicadas las oficinas de los Wagner, lo estacioné en una calle aledaña. Eran las dos de la tarde. Lamentablemente no me di cuenta de un cartel de tránsito que prohibía el estacionamiento en esa calle de 16 a 18 hs. Cuando salimos de la reunión con los Wagner, a las cinco de la tarde, el auto ya no estaba donde lo había dejado. El departamento de policía de Pasadena se lo había llevado. Descubrir lo que había sucedido fue la parte más fácil, lo difícil fue encontrar el automóvil.

Peter Wagner me dijo: «No te preocupes. Voy a ir a la estación de policía contigo ya que mi yerno trabaja allí y él va a recuperar el auto». Y luego hizo la pregunta que reveló la magnitud del problema: «¿De qué año y qué modelo es el auto?» Excepto el color, que era negro, yo no sabía la marca, el modelo, el año, ¡y mucho menos el número de la patente! Así que nos encontramos en la situación casi cómica de ir a informar sobre la pérdida de un automóvil acerca del cual lo

único que sabíamos era su color: negro. Con tan poca información, ni siquiera las conexiones de Peter Wagner podían ayudarnos. El oficial de turno me dijo con mal disimulada sorna: «¿Cómo quiere que nosotros encontremos el automóvil cuando usted, el conductor, lo único que sabe es que su color es negro?» Trataron de llamar a los Wendorff, pero ya habían salido de la ciudad y lo único que lograron fue comunicarse con su contestador telefónico automático.

La situación se estaba volviendo desesperante. De repente se me ocurrió una idea brillante: si nos informaban a qué playa de estacionamiento se habían llevado el automóvil, entonces nosotros podríamos ir allí, encontrar el vehículo y copiar toda la información necesaria para hacer la denuncia policial. Entonces, entre sonrisa y sonrisa, y haciéndome el tonto, logré que uno de los policías me dijera dónde estaba ubicada la playa de estacionamiento en la que el auto estaba confiscado. Apenas lo supe, salimos de la comisaría a toda velocidad porque resultaba evidente que los policías habían empezado a sospechar de nosotros.

Lo que ocurrió al encontrarnos del lado de afuera de la playa de estacionamiento fue muy cómico. Allí estaban el Dr. Peter Wagner, conferencista de fama mundial, autor de más de cuarenta libros y profesor de crecimiento de la iglesia en el Seminario Fuller, y uno de sus discípulos, comportándose como ladrones de segunda clase. Nos pusimos a estudiar el lote de automóviles con ojos perspicaces. Pero, a pesar de nuestra incómoda situación, ¡logramos encontrar el automóvil! Le explicamos nuestro problema al encargado, que nos dejó entrar y copiar toda la información pertinente, lo que finalmente nos permitió hacer la denuncia como es debido y recuperar el vehículo.

Apliquemos ahora el mismo enfoque a descubrir dónde están ubicadas las fortalezas espirituales. Una vez que las encontremos, podremos estudiarlas más de cerca y finalmente desarrollar un arma capaz de neutralizarlas. Por ejemplo, si yo dijera: «Café con leche, medialunas y jugo de naranja». ¿En qué pensarías? Sin duda alguna que retrucarías: «¡Desayuno!» Ahora bien, si yo mencionara: «Argumentos, conocimientos y pensamientos», ¿qué me dirías tú? Tarde o temprano, por asociación de ideas, deducirías: «mente», porque es allí donde se especula, donde se acumula el conocimiento y donde se formulan los pensamientos. De ser así, ¡hemos encontrado la playa de estacionamiento donde están las fortalezas espirituales! Si esas fortalezas están ubicadas en la mente y dado que Pablo le dedicó su epístola a los creyentes de Corinto, se puede decir con seguridad que las fortalezas espirituales también pueden afectar la mente de los creyentes.

Una fortaleza espiritual es un estado de desesperanza que nos obliga a aceptar como inalterables aquellas situaciones que sabemos que son contrarias a la voluntad de Dios.

UNA FORTALEZA ESPIRITUAL

La segunda pregunta que se impone es: **¿Qué es una fortaleza espiritual?**

Basándome en el pasaje bajo consideración, y en su contexto dentro de la epístola y de la Biblia en general, he desarrollado esta definición: *«Una fortaleza espiritual es un estado de desesperanza que nos obliga a aceptar como inalterables aquellas situaciones que sabemos que son contrarias a la voluntad de Dios».*

Cada vez que un creyente se vea imposibilitado de cambiar una situación que sabe que es contraria a la voluntad de Dios, inmediatamente debe sospechar la existencia de una fortaleza espiritual en su mente. Por ejemplo, la Biblia enseña clara y específicamente cuál es la voluntad de Dios con respecto a aquellos que nos lastiman: ¡que los perdonemos! No tenemos ningún problema para determinar cuál es la voluntad de Dios (amar a nuestros enemigos). La dificultad está en hacer la voluntad de Dios y perdonar a aquellos que nos hieren y a menudo nos encontramos en un cepo espiritual que nos impide hacer lo que sabemos a carta cabal que Dios quiere que hagamos.

Lo mismo ocurre en el matrimonio. La Biblia declara expresamente cuál es la voluntad de Dios para el matrimonio: *«El que halla esposa halla el bien»* (Pr. 18:22); *«Lo que Dios unió ningún hombre lo separe»* (Mt. 19:4-6). Dice bien claro en la Biblia que la esposa es un regalo de Dios. Lamentablemente muchos creyentes tienen tantos problemas en su matrimonio que se han dicho: *«¡Si mi esposa es un regalo de Dios... ¡que Dios me libre del regalo que el diablo debe tener para mí!»*

Estos dos casos ejemplifican claramente lo que son las fortalezas espirituales. En ambos casos se sabe cuál es la voluntad de Dios y el creyente conoce lo que tiene que hacer, pero no puede hacerlo. La realidad en que vive contradice la voluntad de Dios, ya que luego de intentar cambiarla muchas veces, se ha rendido y sumergido en un estado de desesperanza. Como fácilmente podemos imaginar, nos resulta muy difícil tolerar ese estado, ya que básicamente equivale a una «esquizofrenia espiritual». Dos concepciones de la realidad que se oponen entre ellas y que demandan una elección. Por un lado está la voluntad de Dios revelada en la Palabra, que creemos inspirada y sin errores; por el otro lado, una realidad fea y esclavizante. Y a pesar de todos nuestros esfuerzos por cambiarla conforme a la Palabra de Dios, no lo hemos logrado. ¿Qué podemos hacer?

La salida que usamos es precisamente la que el diablo quiere que

usemos. Tomamos «alguna cosa elevada», algo así como un tabique y edificamos una pared divisoria en el centro mismo de nuestra mente. A partir de ese momento, nuestra mente tiene dos compartimentos. En uno de ellos está el conocimiento de Dios, y en el otro, toda nuestra especulación humana (una especulación es una conclusión basada en un supuesto que no puede ser probado). Ese tabique, o pared divisoria, es lo que San Pablo llama: «*toda altivez que se levanta contra (o para bloquear) el conocimiento de Dios*» (2 Co. 10:5). Su propósito es bloquear el conocimiento (o la Palabra) de Dios para así especular con una libertad de un nivel humano. De esta manera nos libramos de la tensión que nos ocasiona el no conciliar nuestro fracaso humano con la verdad de la palabra de Dios.

LA EXPRESIÓN VISIBLE DE UNA FORTALEZA ESPIRITUAL

Esta fragmentación nos lleva a desarrollar lo que Santiago describe como «doble ánimo». Según él, la consecuencia del doble ánimo es la inconstancia «en todos los caminos» (Stg. 1:8). Tal inestabilidad es lo que nos impide tratar de manera satisfactoria todo aquello que sabemos que son contrarias a la voluntad de Dios. Cuando tenemos la convicción de que es así, damos vueltas alrededor elaborando racionalizaciones y especulaciones para evitar el enfrentar la cuestión de una vez por todas. Decimos algo así: «Sé lo que dice la Biblia, pero hay una marcada diferencia de opinión entre los exégetas en cuanto a lo que este pasaje realmente significa. Después de todo, casi dos mil años nos separan de los autores originales». O nos enganchamos en un ir y venir sin fin a diversos consejeros con la esperanza de que nuestras racionalizaciones sean convalidadas por alguno de ellos. Y así seguimos y seguimos, especulando.

Por ejemplo, cuando vamos a la iglesia y oímos la palabra de Dios, la creemos sinceramente. Incluso decimos un sonoro «amén». Cuando predicamos, sacudimos el púlpito al declarar con fuerza cuál es la voluntad de Dios con respecto a algún tema específico. Las referencias bíblicas respaldan nuestra explicación. Lo declaramos con incuestionable autoridad porque estamos citando la palabra de Dios. Sin embargo, más tarde, mientras nos dirigimos hacia el auto estacionado fuera de la iglesia, salimos también del compartimento A de nuestra mente para ir metiéndonos en el B. Una montaña de problemas nos espera para plantearnos desafíos una vez más. Mientras pasamos lista de cada uno de ellos, de inmediato comenzamos a especular en cuanto a cómo enfrentarlos con nuestros propios recursos, olvidando con rapidez lo que recién acabamos de escuchar. ¿Cómo puede ser que creamos con sinceridad una determinada cosa en un momento y luego pensemos algo completamente diferente? Porque somos de doble ánimo (véase Stg. 1:8).

¿Puedes imaginar el devastador efecto que tiene esto entre los pastores y líderes? ¿Cómo pueden creer que Dios obrará un milagro en sus ciudades si ellos mismos son incapaces de disfrutar de un buen matrimonio, o de perdonar a alguien que los ha herido, o de

creer que Dios va a transformar sus congregaciones? Cada vez que el Espíritu Santo les recuerda aquella visión que los motivó a hacerse ministros, el enemigo activa la fortaleza y, a través de un megáfono ensordecedor, les grita: «¡Ni te atrevas a pensarlo! ¡Mira la miseria en la que estás metido!». Esta es la razón por la que resulta inútil el intento de alcanzar una ciudad para Cristo sin antes identificar y destruir las fortalezas enraizadas en la mente de los líderes (véase Stg. 1:6-8).

La diferencia entre una fortaleza tal como la presenta 2 Corintios 10:3-5 y un esquema satánico (véase 2 Co. 2:11) es que, en el caso de la primera, la persona conoce cuál es la voluntad de Dios pero le resulta imposible hacerla. Esto, a su vez, produce una atmósfera de desesperanza en la cual la fe pierde efectividad. Mientras que un esquema es una operación subrepticia del diablo que le permite herir al creyente no alertado sin que se lo detecte. Creo que Satanás usa el pecado, la ansiedad y las fortalezas para producir sus mortales esquemas, pero utiliza abiertamente las fortalezas sobre todo para generar la clase de inestabilidad mencionada por Santiago (véanse 1:6-8; 3:13-4:4) la que, Fortalezas espirituales: cómo reconocerlas y cómo destruirlas 199 en definitiva, impide que la Iglesia use con eficacia las poderosas armas divinamente instituidas (en 2 Corintios 10:4). Cuando los cristianos saben cuál es la voluntad de Dios y hacen otra cosa debido a una fortaleza, Satanás puede chantajearlos. Como el fiscal de la ilustración inicial, Satanás ataca la integridad del carácter del testigo. ¿Por qué? Porque no puede desafiar a la sangre de Jesús de la cual se está testificando.

¿CÓMO ES UNA FORTALEZA?

Estas son cinco características de una fortaleza espiritual:

1. Las fortalezas se ubican en la mente. Ya me he referido a esto.

Sin embargo, a modo de corolario, recordemos la Iglesia en Laodicea (Ap. 3:14-20) cuyos miembros sinceramente se consideraban ricos, saludables y autosuficientes, pero fueron expuestos como pobres, miserables, desventurados y ciegos. Pablo lo amplía en Romanos 8:6 y 7: «*Porque el ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz. Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios; ni tampoco pueden*».

2. Las fortalezas muchas veces se edifican con buenos pensamientos.

Esta característica contribuye en gran medida a la capacidad que tiene de permanecer oculta, sin ser detectada. Muy raramente sospechamos de los buenos pensamientos. Sin embargo, Satanás los usa con gran inteligencia. Nuestros propios buenos pensamientos crean una muralla que bloquea los excelentes pensamientos de Dios. Tal es el caso de Pedro en Mateo 16:21-23. ¿Cuál fue la palabra más dura que usó Jesús para reprender a un ser humano? La palabra «Satanás», cuando llamó así a Pedro (Mt. 16:23). Nunca antes ni después usó Jesús semejante término para referirse a un ser humano. Eso nos deja aun más perplejos, al considerar que Pedro fue uno de

los discípulos clave de Jesús. En realidad, era el líder del grupo. ¿Por qué Jesús lo denunció tan ásperamente? ¿Acaso estaba sugiriendo que Jesús mentía, robaba dinero o fornicaba? De ninguna manera. Pedro solamente le había dado un consejo cargado de buenas intenciones y compasión. Cuando Jesús profetizó que él padecería y moriría, Pedro dijo: «Señor, ten compasión de ti; en ninguna manera esto te acontezca» (Mt. 16:22). A lo que Jesús replicó: «*¡Quítate de delante de mí, Satanás!*» ¿Por qué Jesús identificó a Pedro con Satanás? Porque estaba poniendo la mente en los intereses humanos en lugar de afirmarla en los intereses de Dios (véase Mateo 16:23).

En otras palabras, Jesús le estaba diciendo «Estás mirando esto desde un punto de vista humano y no desde el de Dios». Llamando Satanás a Pedro, Jesús identificó la perspectiva del hombre con la de Satanás. Por ser el Hijo de Dios, podía ver a través de la pared de la especulación qué había en la mente de Pedro, y la llamó tal como la veía. Por esto digo que las fortalezas con frecuencia están hechas de buenos pensamientos. El enemigo de lo mejor no es lo peor. Eso es fácilmente detectable y hasta puede evitarse. El enemigo de lo mejor es **lo bueno**, porque lo bueno y lo mejor pueden confundirse. Satanás lo sabe, y lo usa para sacar ventaja. Por este motivo se nos exhorta a llevar «cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo». No sólo los malos pensamientos sino todos, incluso los buenos. La Iglesia de Laodicea no era fría (mala) sino tibia (buena), y esto le impedía darse cuenta de que no era caliente (excelente).

La pieza más peligrosa del equipo de un cristiano es la mente, por su capacidad para producir pensamientos. No me preocupan tanto los malos pensamientos que nacen en nuestra mente porque pueden detectarse e identificarse con facilidad. Pero los buenos pensamientos, que es capaz de generar nuestra mente, son los que a menudo nos llevan al desastre.

Para entender esto con más precisión, debemos considerar en mayor profundidad el contexto del pasaje de Mateo 16. Una de las tragedias de las traducciones bíblicas modernas son todos los agregados humanos de buen significado con que cuentan, añadidos al texto original por medio de títulos, subtítulos y otros. Puedo tolerar las divisiones en capítulos y versículos porque ayudan a ubicar un pasaje específico, pero muchas divisiones de capítulos se marcan en el lugar equivocado. Con frecuencia, un nuevo capítulo o sección comienza con palabras como «asimismo», «*por lo tanto*» o «*así que*», las que claramente relacionan al lector con el capítulo o la sección anterior. Mateo 16:23 es un ejemplo clásico de la confusión creada por algo que el hombre añade a la Palabra. «*Pero él, volviéndose, dijo a Pedro: ¡Quítate de delante de mí, Satanás! Me eres tropiezo, porque no pones*

la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres». La mayoría de las Biblias muestran un subtítulo divisor entre los versículos 23 y 24: «*Entonces Jesús dijo a sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame».* Un subtítulo que separe estos dos versículos, hace que el lector crea que el v. 23 constituya el final de la explicación de Jesús y que el v. 24, con la referencia a la negación de uno mismo y a tomar la cruz, trata un tema diferente. En esencia, un llamado al discipulado.

Pero, Jesús comienza en Mateo 16:24 con lo que puede considerarse una paráfrasis de 2 Corintios 10:5. Negarse a uno mismo equivale a llevar «*cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo».* Tomar la cruz implica la muerte al propio yo, y eso incluye también la muerte de nuestras especulaciones. Seguir a Jesús significa dejar atrás nuestro propio entendimiento y someterlo a su guía. La pieza más peligrosa del equipo de un cristiano es la mente, por su capacidad para producir pensamientos. No me preocupan tanto los malos pensamientos que nacen en nuestra mente porque pueden detectarse e identificarse con facilidad. Pero los buenos pensamientos, que es capaz de generar nuestra mente, son los que a menudo nos llevan al desastre.

Tomemos el caso de las divisiones en las iglesias. Cuando partes neutrales analizan la división de una iglesia, jamás encuentran un grupo de buenas personas enfrentado a otro de malas personas. Por lo general, los argumentos de ambos lados son razonables. En realidad, las dos partes suenan bien. ¡Y este es el problema! Son buenos pero no son excelentes. Solamente Dios puede dar pensamientos excelentes. La división de las iglesias sucede a menudo porque la gente, confiada en el propio entendimiento, elige no negarse a sí misma. Ambas partes ofrecen «buenas razones» para avalar su punto de vista, y eso bloquea lo mejor de Dios.

Algo similar ocurre en el proceso que finalmente lleva al divorcio. Consejeros bien intencionados y llenos de compasión aconsejan el divorcio sobre la base de algunas muy buenas razones. Dicen: «Es mejor para los chicos, así no seguirán expuestos a un mal ejemplo», o «Les permitirá un nuevo comienzo, y por cierto que lo necesitan. Definitivamente van a aprender a partir de este error y la próxima vez lo harán mejor». Esos buenos pensamientos empalidecen la realidad de que Dios aborrece el divorcio y que él ya nos ha provisto poderosas armas para tratar con su causa. Eso, a su vez, nos impide usarlas y nos conformamos con una buena solución en lugar de buscar la mejor de parte de Dios. En vez de negarnos a nosotros mismos, y parados en las promesas de Dios luchar por nuestro matrimonio, elegimos divorciarnos por «buenas razones». Sin importar cuan buenas sean, están muy lejos de ser excelentes.

De ninguna manera estoy diciendo que el divorcio sea un pecado imperdonable; ni deseo agregar un insulto que lastime o hiera a aquellos que están tratando de recuperarse de sus graves consecuencias. Nuestro Dios es un Dios de amor y misericordia, y siempre puede restaurar. Lo que quiero puntualizar es algo más sutil.

Siempre que estemos entretenidos sólo con buenas opciones, no llegaremos a experimentar lo mejor de Dios. En Mateo 5:3, Jesús dijo: *«Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos»*. ¿Quiénes son esos? Aquellos que no confían en la propia sabiduría. Aquellos que necesitan ser guiados. Nuestra autosuficiencia es el material con el cual se forman los *«argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios»* (2 Co. 10:5).

Constantemente somos conscientes de nuestras debilidades; por lo tanto, nos mantenemos atentos y eso le dificulta a Satanás el uso del elemento sorpresa. Pero no pasa lo mismo con nuestros puntos fuertes. Allí donde nos percibimos fuertes, tendemos a relajarnos y descuidarnos

3. Las fortalezas a menudo se desarrollan a la sombra de nuestros puntos fuertes. En la ciencia militar, una fortaleza se construye siempre en algún sitio firme. En vez de edificar un fuerte en una planicie que puede inundarse, los ingenieros militares la construyen en una cima o en la entrada de una bahía, porque ambas son puntos firmes. De igual modo, Satanás con frecuencia apunta a nuestras naturales características fuertes para levantar allí sus fortalezas.

Existe una razón muy simple para ello. Constantemente somos conscientes de nuestras debilidades; por lo tanto, nos mantenemos atentos y eso le dificulta a Satanás el uso del elemento sorpresa. Pero no pasa lo mismo con nuestros puntos fuertes. Allí donde nos percibimos fuertes, tendemos a relajarnos y descuidarnos (véase 1 Co. 10:12,13). Por ejemplo, en lo que se refiere a mis debilidades espirituales, oro todo el día. Hago «gimnasia jazz» espiritual, cada mañana, en la presencia del Señor, clamando por ayuda y misericordia. Las consecuencias de mis errores del pasado son demasiado dolorosas para mí y me llevan a comportarme así. Sin embargo, cuando se trata de mis puntos fuertes naturales, no soy tan cuidadoso. El exceso de confianza propia es siempre una mala elección y le permite a Satanás moverse en esa área con gran libertad.

Déjame darte un ejemplo. Piensa en lo peor que te haya sucedido. ¿Lo recuerdas? ¿Por qué fue tan malo? Muy probablemente porque fue inesperado. ¿De acuerdo? ¿Por qué fue tan inesperado? Porque jamás pensaste que pudiera sucederte algo semejante. Y ¿por qué? Porque sabías que eras fuerte en ese área en particular. En esencia, algo inesperado te sucedió más allá de la línea de tus puntos fuertes.

Básicamente, lo que sucedió es que un natural punto fuerte fue empujado más allá de sus límites y se tornó en una debilidad. Esto pasa seguido en ciertos círculos cristianos como los seminarios. ¿Cuál es el natural punto fuerte de un seminario? La enseñanza. Sin embargo, exagerando esta particularidad, un seminario puede causar daño al traspasar el límite. Por ejemplo, las dos cosas menos probables

de hallar en los seminarios son un fuerte énfasis en la oración y un programa evangelístico agresivo. ¿Por qué? ¿Porque la facultad se ha decidido en contra? No, por lo general se debe a que enseñan en exceso acerca de algo bueno, tal como la soberanía y la omnisciencia de Dios. Ambas, cuando se van a un extremo, diluyen la necesidad de la evangelización y de que nuestras peticiones se conozcan ante Dios.

Aquellas áreas de nuestra vida en las que nos sentimos más confiados son las áreas en las que podemos desarrollar, muy probablemente, un exceso de confianza. Proverbios 3:5 declara: «*Fíate de Jehová de todo tu corazón, y no te apoyes en tu propia prudencia*». Porque la confianza en el yo apaga la necesidad de depender de Dios para ser guiado. No nos dedicamos a la búsqueda de la dirección divina porque sentimos que podemos manejar el asunto. En esencia, carecemos de un sistema de radar que nos alerte a tiempo para impedir el desastre.

Te sugiero hacer un inventario de tus puntos fuertes conocidos. Obsérvalos con detenimiento. Elabora una lista de las avenidas abiertas al enemigo a través de tu carne y que pueden minar tus partes fuertes. ¡Necesitas hacer esto de continuo! Por ejemplo, en las áreas en las que soy débil, que son también aquellas en las que fallé antes, conozco el camino de memoria. Conozco el camino hacia y también el camino desde. Lamentablemente, he estado allí muchas veces. Puedo dar cátedra acerca de cómo los cristianos son atrapados y desviados en tales áreas. En el momento en que una de mis habituales tentaciones se cruza en mi camino, la reconozco de inmediato.

Sin embargo, en otros aspectos de mi vida, en los que siempre he sido fuerte, no tengo el mismo marco de referencia para reconocer la obra del enemigo. No dispongo de un sistema de alarma, así que debo estar atento. Por eso tantas veces durante la consejería oímos historias que nos rompen el corazón, de un hombre o de una mujer que ha fracasado precisamente en el lugar en que menos lo esperaba. «Nunca imaginé que yo pudiera hacer algo semejante», les escuchamos lamentarse, mientras luchan por no ahogarse en un mar de remordimientos. «Siempre he sido fuerte en este aspecto. ¿Qué pudo pasarme?» Lo que sucedió es que Satanás se metió justo allí y le pegó en la sombra de ese punto fuerte. En el momento que esa persona parpadeó dos veces, él construyó una fortaleza.

Esto se ilustra dolorosamente con el error de Abraham con su sobrino Lot. Dios le dijo a Abraham: «*Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré*» (Gn. 12:1). Si observamos este versículo con atención, notaremos que las dos últimas especificaciones son reiterativas. Dios le dijo a Abraham que dejara su parentela y también la casa de su padre. En realidad los miembros de la casa de su padre eran la parentela. ¿Por qué Dios se lo repetía? Creo que para enfatizar. Si Abraham dejaba atrás a sus parientes y a cada miembro de la casa de su padre, entonces sólo quedarían él y Sarai.

Pero en Génesis 12:4 leemos: «*Y se fue Abraham como Jehová le dijo; y Lot fue con él*». Buen motivo de reflexión resulta esta elección

de Abraham. Puesto que Lot era parte de la casa de su padre, tendría que haberse quedado.

¿Por qué Abraham lo llevó con él? No creo que quisiera desobedecer a Dios a propósito. Siendo un anciano que no tenía hijos, es probable que le gustaran los niños y que los amara. Eso era, en definitiva, su punto fuerte. Y porque no estaba atento, se extralimitó. Ese aspecto de su personalidad le hizo desobedecer a Dios. Me imagino que Abraham jamás sospechó que había desobedecido a Dios. Pero miremos lo que sucedió.

Lot prosperó al lado de Abraham, y el conflicto que resultó entre los empleados de estos dos hombres le proveyó a Dios una oportunidad para separar a Lot de Abraham. En Génesis 13, vemos que Lot estaba mudando sus tiendas hacia Sodoma, una ciudad cuyos hombres fueron descritos como «*malos y pecadores contra Jehová en gran manera*» (Gn. 13:13). Esto nos muestra por qué Dios fue repetitivo en sus instrucciones a Abraham (véase Gn. 12:1). Dios sabía que el corazón de Lot estaba en el lugar equivocado.

Después, en Génesis 14, Dios pasó juicio sobre Sodoma y Gomorra y su ciudadano de honor, Lot. Cuatro reyes declararon la guerra contra los reyes de Sodoma y Gomorra y tres ciudades más. Esos cuatro reyes ejecutaron el juicio de Dios. Al terminar, Sodoma y Gomorra habían dejado de existir como ciudades. En Génesis 14:11, se nos dice, «*Y tomaron toda la riqueza de Sodoma y de Gomorra, y todas sus provisiones, y se fueron*». A Lot y su pueblo también los llevaron cautivos.

A continuación un fugitivo le advirtió a Abraham acerca de la situación, y ¿qué hizo Abraham? Con un corazón tierno, deseando hacer el bien, anula las consecuencias del juicio de Dios. Primero, rescata a Lot, y después, cuando el rey de Sodoma le pide que devuelva sólo las personas y no los bienes (véase Gn. 14:21), Abraham se rehúsa, y al hacerlo, permite que se reestablezca la maldad en aquellas ciudades perversas. Más adelante, en los capítulos 18 y 19 de Génesis, vemos lo caro que les salió a todos, incluyendo a Lot.

¿Podrá alguien culpar a Abraham por sus acciones, desde una perspectiva humana? Claro que no. ¿Quién podría culpar a un tío amoroso y protector por haber rescatado a su sobrino? Sin embargo, desde la perspectiva de Dios, lo bueno de Abraham interfirió con lo mejor de Él.

Es por esto que Hebreos 4:12 presenta la necesidad de separar el alma del espíritu con una espada de dos filos, que es la palabra de Dios. El alma refleja nuestros propios pensamientos; el espíritu, los de Dios. Cuando estos dos se mezclan dejamos de discernir las intenciones de nuestro corazón. «*Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón*» (He. 4:12).

4. A menudo los traumas dolorosos activan las fortalezas espirituales.

Vez tras vez me he encontrado sentado en una sesión de

asesoramiento frente a personas que dicen algo así: «Jamás volveré a perdonar. ¡Jamás!» Y durante el transcurso de la conversación descubro que Dios dotó a esa persona con el don de la misericordia. O, alguien me dirá: «Nunca volveré a dar dinero a la iglesia. ¡Nunca!» Y descubro que posee el don del dar. ¿Por qué es que alguien que está dotado por Dios con misericordia pueda escoger no perdonar, que es el fundamento de ese don? Y ¿cómo es que alguien con el don del dar puede tornarse egoísta y avaro?

Sucede básicamente por el abuso de un natural punto fuerte. El trauma que resulta de ese abuso crea una reserva de dolor lo suficientemente grande como para durar toda una vida. Ese dolor sirve como gatillo. Cada vez que Dios provee una oportunidad para ejercer esos dones, el diablo los neutraliza con sólo activar el dolor.

Ese podría haber sido el caso de Pedro cuando Jesús se le apareció a él y a los demás por tercera vez después de su resurrección (véase Juan 21). Pedro siempre era el primero en hablar, en hacer preguntas, en ofrecer información. Sin embargo, esa vez Pedro dijo muy poco. Cuando Jesús le cuestionó su amor por él, Pedro le respondió a Jesús con una afirmación pero se abstuvo de hacer cualquier comentario con respecto a la tarea de apacentar las ovejas de Jesús. Ese líder innato estaba huyendo de una posición de liderazgo. ¿Por qué, si Pedro era un líder innato? En muchas ocasiones en los Evangelios, Jesús lo había distinguido como tal. Sin embargo, cuando Jesús le mencionó a Pedro que lo iba a traicionar, él replicó con una arrogante exhibición de autoconfianza. Era como si le dijera, «Yo sé que soy fuerte y leal. Por eso, sé que nunca te voy a fallar». Desafortunadamente, dejó fuera de la ecuación un tercer jugador: Satanás. Satanás reconoce cuando la confianza en uno mismo está presente y sabe cómo sacar ventaja de ella (véase 1 Co. 10:12). Parecía que Pedro estaba un poco tímido en cuanto a ejercer el don dado por Dios, debido al dolor (dolor causado por los hechos traumáticos del pasado).

5. Las fortalezas crean un estado de doble ánimo que resulta en una inestabilidad espiritual y emocional. Santiago nos advierte, «No os hagáis maestros muchos de vosotros, sabiendo que recibiremos mayor condenación» (Stg. 3:1). En una época en la que hemos elevado el puesto del maestro a la cumbre del prestigio dentro de la Iglesia, esta advertencia resulta difícil de comprender. A menos que, por cierto, la pongamos en el contexto de la enseñanza de Santiago sobre las fortalezas.

En el capítulo 1 de su epístola, Santiago declara que el hombre de doble ánimo es inestable en todos sus caminos (Stg. 1:8). Esa persona es capaz de adoptar dos puntos de vistas —aunque estén contrapuestos— debido a la capacidad de «doble archivo» que tiene en su «computadora mental». Después escoge permanecer dividido, a causa de los celos amargos que lo invaden (Stg. 3:14). Los celos amargos se refieren a una agenda personal tan amada por él que está dispuesto a sacrificar todo, aun la agenda de Dios, para verla realizada. Ha tomado

la decisión de no rendir ciertos pensamientos a la obediencia a Cristo.

Cuando a esa persona se le confía la enseñanza, el potencial que adquiere el diablo para infiltrarse e influir sobre la Iglesia se incrementa exponencialmente. Es como si sentáramos ante un receptor de radio de dos bandas a una audiencia atenta y confiada. Por una banda recibe la sabiduría de abajo (véase Stg. 3:15), que es terrenal, natural y demoníaca. Por la otra banda sintoniza la sabiduría de lo alto, que proviene de Dios. Así que se le envían señales mixtas, y debido a eso, la audiencia se ve engañada. Esto le trae un juicio más severo al emisor, ya que sabe cómo debería actuar.

Como podemos imaginar, alguien que un día expone la sabiduría de Dios y al otro día actúa basándose en una sabiduría terrenal, natural y demoníaca, ciertamente desarrollará problemas que lo lleven a la inestabilidad emocional y espiritual, además de lastimar a los que le han sido confiados.

Los pleitos también entran en escena, como advierte Santiago en 4:1. Muchas veces, los maestros que ya tienen una agenda personal y propia (que es una manera cortés de describir los celos amargos) inician, promueven y participan de la división entre los hermanos sin darse cuenta de la magnitud del mal que están provocando. Pueden creer que están siendo perseguidos. Se ven como víctimas cuando son victimarios. ¿Podrías imaginarte el efecto devastador de una persona así sobre una alianza ministerial que está procurando alcanzar su ciudad para Cristo? Una persona equivocada nunca resulta tan peligrosa como cuando sinceramente cree tener la razón, especialmente si esa persona está en un puesto de autoridad o influencia.

QUÉ HACER CON LAS FORTALEZAS ESPIRITUALES

De acuerdo con 2 Corintios 10:5, las fortalezas espirituales deben ser destruidas. Ni remodeladas, ni pintadas. Tienen que ser *destruidas*. Al estudiar Santiago 4:7-10, descubro cuatro pasos para lograrlo:

1. «Someteos, pues, a Dios» (Stg. 4:7). Eso requiere de un «encuentro de verdad». Jesucristo es la verdad, y esta verdad se nos fue revelada a través de la palabra viviente de Dios. Debes determinar por la palabra de Dios lo que es la voluntad de Dios. Escoge entonces creerlo y confesarlo con tu boca, en oposición a las circunstancias que contradicen la palabra de Dios. «No sea como yo quiero, sino como tú» (Mt. 26:39) debe ser tu oración. Derriba la barrera que te ha permitido almacenar simultáneamente dos puntos de vista opuestos en tu mente. Llama a la verdad «verdad» a pesar de tus sentimientos, de ser necesario. Invita a Jesús a entrar. Esto mismo es lo que Jesús le indicó a la Iglesia de Laodicea, que estaba controlada por una fortaleza tan severa que había perdido noción de la realidad (véase Ap. 3:14-21). Si les servía a ellos, te puede servir a ti también. No quiero decir que debes recibir a Cristo como Salvador de nuevo. Estoy

sugiriendo que lo invites al compartimento de tu mente en el que reinan las racionalizaciones y las especulaciones.

Una mujer muy educada asistió a uno de nuestros seminarios y allí escuchó por primera vez esta enseñanza. Su hijo se había rebelado contra el Señor y estaba consumiendo drogas. Ella había intentado razonar con él, pero sin éxito. Lo había disciplinado, pero no logró ningún impacto sobre su actitud y comportamiento. Después de mucho dolor y lágrimas, se dio por vencida. Aunque sabía que su hijo era un regalo de Dios para ella y su esposo, se sentía incapaz de reconciliar eso con el hecho de que su hijo estuviera ahora caminando con el diablo. Ella «razonó» hasta hacer que el dolor desapareciera a través de pensamientos como este: «Él es lo suficientemente grande como para manejar un auto y comprar bebidas alcohólicas. Ahora es su problema, no el mío».

Durante el seminario, ella tomó la decisión de volver a la batalla. Escogió creer la palabra de Dios y las promesas del Señor en lugar de las mentiras de Satanás. Con firmeza, tomó su lugar en los lugares celestiales, intercediendo por su hijo y reclamándolo para Dios. Tan pronto como comenzó a hacer eso, el viejo dolor, la incertidumbre y la perplejidad volvieron como una inundación. No obstante, ella se mantuvo firme por la fe en la palabra de Dios. Pocas semanas después su hijo empezó a responder al evangelio. Hoy él está sirviendo en el ministerio, a tiempo completo.

2. «Resistid al diablo» (Stg. 4:7). La manera más eficaz de resistir al diablo es morir al viejo hombre. Cuando tomas tu posición en Cristo (véanse 2 Co. 5:17; Gá. 2:20), te colocas completamente fuera del alcance de Satanás. Estar en Cristo también elimina las especulaciones. En Cristo todo es cierto y comprobado. Renueva tu mente con la memorización de las Escrituras. Nada le pone un alto al diablo como una declaración que comience con *«está escrito»* (Mt. 4:4,7,10). Al cumplir las condiciones reveladas en las Escrituras —*«resistid al diablo»— Dios ha prometido acerca de él que «huirá de vosotros»* (Stg. 4:7).

Una madre angustiada pasó al frente para recibir oración en uno de nuestros seminarios. Contó su historia familiar con una hija rebelde que había dado la espalda a la familia, a la Iglesia y al Señor. Se había involucrado en todo tipo de pecado. La mujer pidió que hiciéramos intercesión por su hija. Sin haber pasado siquiera una semana, la mujer llamó para informarnos que su hija había vuelto al Señor. Sin embargo, había sido a través de un camino inesperado. Cuando la madre empezó a someterse a Dios, experimentó una tremenda convicción de pecado en su propia vida. El Señor le mostró que le había permitido la entrada al diablo a través del enojo que estaba guardando. Se arrepintió delante de Dios. Se sometió a él y comenzó a resistir al diablo en el área de su vida que había rendido a Satanás, mientras tanto reclamaba con empuje y dinamismo a su hija «en los lugares

celestiales». Dos días después su hija, que no se había acercado a la casa por meses, llamó pidiendo permiso para ir de visita.

Cuando la hija llegó, la madre le pidió perdón por su pobre ejemplo cristiano. Eso conmovió a la hija, que también se arrepintió. Hoy ambas caminan con el Señor. Cuando esta madre murió al viejo hombre, Satanás perdió el control que tenía sobre ella, y a través de ella, el control que tenía sobre su hija. Cuando ella decidió resistir al diablo, Satanás no tuvo otra opción más que huir, porque ya no tenía ningún derecho sobre ella.

3. «Acercaos a Dios» (Stg. 4:8). La necesidad de volver a Dios existe porque nos hemos distanciado de él debido a nuestras especulaciones. La suma de nuestras especulaciones refleja la medida completa de la distancia que hemos creado entre Dios y nosotros. Una vez que el control de Satanás sobre nosotros se rompe, aparece una necesidad inmediata de acercarnos a Dios.

Recuerdo el caso de una mujer afligida por lo que comúnmente se llama una «personalidad múltiple». Había recibido tratamiento por parte de pastores, consejeros y psicólogos. Se había logrado un poco de mejoría, pero solo hasta cierto punto. Conforme dialogaba con ella, discerní que había una fortaleza espiritual en su mente. Debido al trauma doloroso que había sufrido como niña a manos de su padre, se sentía incapaz de creerle a Dios. Intelectualmente sabía que Dios es amor, pero sus propias especulaciones anulaban la efectividad de esa verdad. Cada vez que llegaba a cierto punto en su recuperación, se detenía y volvía atrás por temor a ser rechazada por Dios. Le enseñamos esta palabra: *«Echad toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros»*. La fortaleza fue destruida por fe en la palabra de Dios al mismo tiempo que ella se esforzaba a cruzar la barrera del temor al rechazo. Desde que cruzó esa línea, va rumbo a una recuperación completa.

4. «Y él se acercará a vosotros» (Stg. 4:8). El temor que nos agobia con mayor frecuencia, después de habernos dado cuenta de la profundidad y de la gravedad de nuestra desobediencia, es ser rechazados por Aquel al que hemos ofendido. Por eso Dios promete acercarse a nosotros cuando nosotros nos acercamos a él. Pon atención al contraste entre el diablo, que huye de nosotros (Stg. 4:7), y Dios, que se acerca a nosotros (Stg. 4:8). ¡Qué consolación!

Cuando la mujer que acabo de mencionar se acercó a Dios, no sólo fue capaz de derribar una fortaleza formidable, sino que también abrió el camino para que Dios se acercara a ella con bendiciones y un gozo jamás experimentado antes. El temor al rechazo no puede existir cuando uno se coloca en los brazos cariñosos de Dios.

EL GOLPE FINAL

Santiago 4:8 dice, «*Pecadores, limpiad las manos; y vosotros los de doble ánimo, purificad vuestros corazones*». Limpiar las manos se refiere a la manifestación externa de la fortaleza espiritual, mientras que purificar el corazón se refiere a la dimensión interna. La primera parte, la que es visible, resulta más fácil de arreglar. Para una persona que vive en adulterio, será más fácil romper con la relación adúltera que deshacerse del impulso inmoral responsable de ese pecado. Por eso este versículo dice, «*Limpiad las manos... y purificad vuestros corazones*». La primera frase describe el síntoma; la otra describe la causa.

Un adicto a la heroína después de haber estado en un programa de rehabilitación por 30 días saldrá sin una adicción física, porque a su cuerpo se le ha negado la droga por un mes. Sin embargo, es probable que lo primero que haga al recuperar su libertad sea inyectarse. ¿Por qué? Porque aunque sus manos están limpias, su corazón aún no ha sido purificado. Permanece adicto psicológicamente. Sigue en un estado de doble ánimo, y con una serie de especulaciones siempre a mano para evitar hacer lo que Dios dice que debe hacer. Una fortaleza es destruida por completo solo cuando la persona de doble ánimo se convierte en alguien sin dobleces.

Santiago nos provee una receta muy sencilla para lograrlo: «*Afligíos, y lamentad, y llorad. Vuestra risa se convierta en lloro, y vuestro gozo en tristeza*» (Stg. 4:9). Al percibir la fealdad de tu propio pecado, te sentirás atraído hacia la santidad del Señor. No hay mejor contexto para la gracia de Dios que la brecha entre tu pecaminosidad y su santidad. ¿Dónde? En la presencia del Señor. ¿Por cuánto tiempo? Hasta que él te exalte. Él decidirá cuando has sido purificado. Debes esperar y escuchar su voz. Mientras tanto, «no murmuréis los unos de los otros» (Stg. 4:11). Eso significa que no debes justificarte a ti mismo culpando a otros, ya que la cuestión es tu corazón. No tienes control sobre los demás, pero tienes pleno control sobre tu respuesta a sus acciones.

El objetivo final de este ejercicio es eliminar el doble ánimo. En el Salmo 51, David dice, «*Contra ti, contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos; para que seas reconocido justo en tu palabra, y tenido por puro en tu juicio*» (Sal. 51:4). Lo que David está diciendo es: «Dios, tú estás en el control. Yo soy culpable, y tú eres justo. Hay solo una opinión que cuenta, y es la tuya, oh, Señor. Dejaré de especular y aceptaré tu palabra».

Cuando pecamos, nuestra tendencia es a justificarnos a nosotros mismos y minimizar el mal hecho. Nos declaramos culpables, pero siempre con la salvedad de decir algo en nuestra defensa. Mientras seguimos así, perpetuamos la existencia del doble ánimo. No nos liberaremos del pecado hasta que podamos verlo tal como Dios lo ve. Tenemos que mirarlo a través de sus ojos.

Por esta razón el mandato en Santiago 4:9 es lamentar, llorar y convertir nuestro gozo en tristeza. La mejor manera que he encontrado de implementarlo es presentándome ante Dios, a solas, y permitiendo que él me muestre mi pecado tal como él lo ve. Y

también a través de los ojos de las personas que han sido lastimadas por mi pecado, porque sino la presencia de ellas hará que yo me ponga a la defensiva y sea menos transparente. ¡Se tiene que hacer en su presencia sin ningún testigo! Debo permanecer allí hasta que todos mis argumentos egocéntricos se vengán abajo y me arrepienta por completo. Entonces tendré sólo una mente: la mente de Dios. Entonces mis manos permanecerán limpias, porque al purificar mi corazón se habrá eliminado de raíz el doble ánimo.

APLICACIÓN PERSONAL

Tal vez Dios te haya redargüido con respecto al doble ánimo. Ahora puedes ver la fortaleza en tu vida y la quieres derribar. Déjame animarte a no desistir. La persistencia es lo contrario a la inestabilidad.

Yo sugiero que determines aquello que consideras que es la voluntad de Dios y comiences a martillar la pared de los argumentos que has edificado. Si tus hijos no están caminando con el Señor, proclama las promesas de Dios con respecto a ellos. Si los pastores de tu ciudad están divididos, proclama lo que Dios piensa al respecto. Si tu matrimonio está en peligro, confiesa la palabra de Dios referente al matrimonio. Utiliza la palabra de Dios como martillo, y dale con fuerza a esas situaciones repetidamente (véanse Mt. 4:4,7,10; Ef. 6:17). Nunca te rindas. Hazlo día y noche. Memoriza las Escrituras pertinentes y decláralas en voz alta.

Ray Trembath, un amigo mío, pastor en el área de la Bahía de San Francisco, contó una historia que reafirma este punto. Relató que un amigo suyo que estaba remodelando su casa contrató a una constructora para derribar una pared de cemento. Él observaba cómo el obrero golpeaba la pared con un martillo pesado. Un golpe, dos golpes, tres golpes; nada sucedía. Después de 10 ó 15 golpes, todavía no pasaba nada. Continuó con los martillazos... 30... 35... ¡y nada! Finalmente, en el golpe número 36, apareció una grieta horizontal en la pared. En el siguiente golpe se produjo una telaraña de grietas. Con el golpe número 38, la pared se cubrió de grietas. En ese momento, el obrero dejó el martillo pesado y levantó un martillo pequeño con un cincel. Poco a poco derribó la pared.

Así se debe destruir una fortaleza espiritual también. Esa fortaleza formidable que has descubierto tal vez parezca de granito. Sin embargo, la palabra de Dios es poderosa (véanse Mt. 4:4,5,10; Ef. 6:17). El evangelio es el poder de Dios (1 Co. 1:18). Escoge la palabra de Dios por sobre las circunstancias. Confiesa la palabra de Dios. Cada vez que lo hagas, estarás aplicando un martillazo a esa pared de granito. Continúa haciéndolo. Tarde o temprano la primera grieta aparecerá, y con el tiempo caerá todo.

«Porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas» (2 Co. 10:4). Antes de intentar derribar la fortaleza de Satanás sobre nuestra ciudad, debemos destruir todas las fortalezas personales que él ha colocado en nuestras vidas. Todo lo que se opone a la voluntad de Dios

debe caer. Debemos ser liberados para volvernos totalmente libres en Cristo. Sin esa libertad, nuestros ataques contra las huestes de maldad nunca llegarán a ser más que una protesta dentro de un campo de prisioneros de guerra. Sin embargo, si el Hijo en verdad nos hace libres, pronto estaremos realizando un ataque anfibio para fortalecer el perímetro de Dios en nuestra ciudad (véase Jn. 8:36). El evangelismo por medio de la oración, como está descrito en 1 Timoteo 2:1-8 requiere de «manos santas». ¿Estás destruyendo las fortalezas en los lugares más íntimos de tu alma? ¡Adelante!_